

Los caballos relincharon y los novecientos hombres que formaban los dos grupos de combatientes respiraron con ansiedad, muy inciertos respecto de la suerte que tendrían que correr, como sucede siempre en ese primer momento en el que hasta los más valientes sienten algo como una zozobra, como un sople de miedo.

También Rosales tenía sus cuatro cañones, y estos, dirigidos por el teniente Evaristo Gonzalez, contestaron en el acto el fuego de los franceses. Cesó entonces la seriedad y todos los del campo republicano á un tiempo gritaron como impulsados por una misma fuerza:

—¡Viva México!

Los franceses cargaron según su costumbre con toda bizaría, pero se encontraron con hombres que no estaban dispuestos á desbandarse y que los recibieron con un fuego cerrado y bien dirigido.

—¡Sacre nomme....! gritó el jefe francés desesperado con aquella firme resistencia que no se aguardaba, y luego animando á sus soldados que parecían dispuestos á detenerse, ¡en avant! en avant! les repetía.

—¡Adelante! ¡adelante! les gritó también Rosales á los mexicanos que había puesto á la vanguardia.

Pero en esos momentos dos disparos de metralla derribaron á quince de sus hombres, viéndose en el acto el pavor retratado en los demás que ya no quisieron avanzar.

El mismo jefe vaciló, se le vió vacilar, y ese momento de vacilación en las batallas suele costar muy caro. Granados observó bien que la columna hacia

alto, que era tanto como el principio de la contramarcha, y cargó como se le había recomendado, á la bayoneta, por el flanco derecho de los franceses: él ocupaba en la batalla el flanco izquierdo. Allí fué herido Granados en medio del pecho por un oficial francés en el momento de rendirse.

Entre tanto que Granados caía herido y tomaba el mando de su columna el capitán Mora, Rosales como último recurso, ordenó que el escuadrón «Guías de Jalisco» diera una carga á lanza por el flanco derecho. El pequeño cuerpo que había estado oculto tras unos matorrales salió al descubierto y dió una carga terrible, de esas que no se pueden resistir. Los franceses seguían batiéndose por el camino en el mejor orden, aunque siempre en retirada. Los mexicanos que los acompañaban fueron los únicos que se desbandaron y los primeros que se refugiaron en el buque de guerra que estaba esperando en Altata.

Rosales que también se había estado batiendo personalmente, luego que vió al «Mixto» mandado por Granados y á Hernandez con su piquete de 19 hombres cargando con tanta intrepidez, por izquierda y derecha respectivamente, murmuró en su interior:

—Con estos muchachos contaba yo principalmente para triunfar: ¡qué bien se baten estos hijos míos de mi corazón!

Todavía no había que cantar victoria. Granados acababa de ser herido tal vez mortalmente. Los franceses se retiraban pero lentamente, aprovechando las cercas, las casuchas, las hondonadas del camino, todo, para hacerse fuertes y rechazar á los que los acosaban. Una fuerte sección en el centro, en donde

mandaba el jefe, había formado un cuadro impenetrable, sobre el cual fué preciso dirigir la artillería y las reservas para lograr desbaratarlo.

Entonces fué cuando comenzó el desorden en la retirada, aunque nadie decía una palabra de rendirse. Todavía los oficiales franceses tenían esperanzas de volver á reunir á su gente un poco más adelante para poder llegar á Altata formando un cuerpo compacto. Pero Rosales avanzó sus cañones, la poca caballería republicana con que contaba siguió lanceando y no fué posible á los franceses hallar un punto de reunión.

El sargento Juan Hernandez que iba siempre por delante de los perseguidores y que montaba un buen caballo, se vió repentinamente solo en medio del enemigo. El primero que le salió al frente fué un sargento francés que le tendió el fusil, pudiendo desviarlo con la lanza al hacer el disparo: entonces lo acometió con buen éxito logrando darle un golpe en pleno pecho: el sargento francés cogió entonces la lanza con la mano izquierda y con la derecha armada del fusil, procuraba hundir el marrazo en el pecho de su contrario. A duras penas conseguía Hernandez librarse de los terribles amagos del hábil soldado francés; y ya considerándose perdido, exclamó volviendo la cabeza hacia atrás.

—¡A mí los lanceros de Jalisco!

—Presente, mi sargento, dijo el cabo Zacarías Carrillo presentándose en escena.

Y apenas acababa de llegar, rápido como la electricidad derribó al francés de un machetazo en la cabeza.

—Mil gracias, Zacarías, de buena me has librado.

—Ahora vamos adelante, mi sargento.

Y los dos continuaron al galope en pos del enemigo disperso. A unos mil metros adelante, Hernandez percibió á un oficial francés que hacía esfuerzos para ocultarse entre unos matorrales. Puso en dirección de él su caballo siguiéndole á corta distancia el cabo y otros tres soldados de «Guías.»

—Ríndase usted, le gritó al francés.

El oficial se detuvo é hizo ademán de prepararse á la defensa, pero al observar que otros hombres más venían muy cerca, cruzó los brazos y les dijo en mal español:

—Soy Gazielle, capitán de fragata y jefe de esta expedición: me constituyo prisionero de guerra.

—Como tal lo trataré á usted.

—Voy á entregarle mi espada.

—No, esa consérvela para que la reciba mi coronel.

En esos momentos llegaron los otros con las lanzas enristradas y amagando atravesar con ellas al oficial.

—No se le toca, es mi prisionero, gritó Hernandez.

—¡Cómo que no! dijo el cabo, es un oficial del enemigo.

—Debemos matarlo, exclamaron los soldados.

—Está rendido, volvió á decir Hernandez, y yo lo defiende contra cualquiera que quiera hacerle daño.

Se habían reunido más soldados y no había uno que no manifestara deseos de matar al oficial, excitados como estaban todos por el olor de la pólvora y de la sangre, y contra todos estuvo defendiéndolo

Hernández. Por fortuna para el oficial francés y para nuestro apurado sargento, llegó el comandante Tolentino y le dijo Hernandez:

—Mi comandante, hago á usted entrega del jefe francés señor Gazielle y de su caballo árabe que está herido y acababa yo de quitarle.

Tolentino recibió al prisionero y Hernández, fogoso como jóven y valiente, se lanzó en persecución del enemigo, logrando hacer otros muchos prisioneros, á todos los que perdonó la vida: lo que quería era disfrutar á su satisfacción de aquella victoria y aprehender al general Cortés y á Jorge Carmona que sabían iban huyendo para Altata. Al frente de los 18 hombres de su compañía, de los que no llegó á perder ni uno en la refriega, continuó el alcance, logró avisarlos en Novalato; pero llevaban buenos caballos y se le escaparon. Continuó tras ellos y en Bachimeto les hizo algunos disparos; pero redoblaron la carrera, vino la noche y entonces la persecución se hizo más difícil. Al amanecer del día 23 llegaron Cortés y Carmona á Altata: Hernandez seguía trás ellos, aunque embarazado con un número considerable de prisioneros que había ido haciendo.... Ya en el momento de atraparlos, el «Lucifer» les lanzó dos ó tres bombas y los republicanos tuvieron no solo que detenerse sino que contramarchar, porque los hombres que llevaban presos hacían impulsos por escapárseles. El momento fué terrible, porque podían fácilmente ser destrozados si se ponían de acuerdo los del buque de guerra, los perseguidos Cortés y Carmona con los que los acompañaban y los treinta prisioneros que ya llevaban, entre los que había cuatro oficiales franceses.

Con viveza, con prontitud, con arrojo, salió Hernandez de aquel conflicto, primero, poniéndose fuera de los tiros del «Lucifer» y después pidiendo auxilio á la autoridad del punto llamado Trancas inmediato al puerto.

El sargento Juan A. Hernandez, después de otras varias vicisitudes, logró presentarse al Cuartel General el 24 con su tropa sana y salva, entregando 24 prisioneros franceses y 28 de sus auxiliares, lo cual produjo un gran regocijo entre los suyos, pues consideraban ya toda aquella fuerza perdida.

—Es usted alférez, le dijo Rosales abrazándolo, y no se pasará mucho tiempo sin que yo mismo tenga el gusto de hacerlo teniente.

Habiéndonos engolfado en la narración de las aventuras de nuestro sargento, hemos olvidado el campo de batalla al que tenemos que regresar el día 22 para que contemplemos lo que allí pasaba.

Hemos dicho ya que allí todos los republicanos se esforzaron en cumplir con su deber, aunque luchaban con una fuerza superior en disciplina, en armamento, en número y en prestigio bien conquistado, pero menos en espíritu militar. Ni Rosales, ni Sanchez Roman, ni Correa, ni ninguno de los oficiales que se encontraron en aquella pequeña pero gloriosa batalla, eran militares técnicos, sino soldados que la necesidad y el patriotismo habían improvisado; pero todos tenían dignidad y honor, todos tenían amor patrio, todos eran animosos y resueltos, de modo que poco trabajo costó al ardoroso jefe alcanzar con tan buenos elementos la victoria.

Los franceses acostumbrados á conservar la disci-

plina, seguían peleando compactos, por más que los jefes traidores y tras ellos sus soldados, hubieran sido los primeros en desbandarse; pero llegó un momento en que todos los cuatrocientos hombres de Rosales se les echaran encima peleando con desusado empuje y se declararon en derrota. Los que estaban á la vanguardia en las márgenes del rio Humaya, testigo de su heroica resistencia, echaron sus armas á la arena, se cruzaron de brazos y esperaron á que se les hiciera prisioneros.

Rosales mandó que cesara el fuego, hizo que se rodeara á aquel grupo de valientes y dió orden á la caballería de que diera alcance á los dispersos, desarrollándose entonces entre otras, las hazañas del sargento Hernandez que ya hemos referido.

En el grupo de rendidos estaba el teniente de tiradores francés Mr. Saint Julien. Este lloraba de rabia por la derrota y lanzaba imprecaciones salvajes contra los vencedores: el sargento Blas Ramirez del «Mixto» se le aproximó y le pidió la espada:

—¿Yo?... ¿entregar mi espadad yo?... ¿y á usted... bandido?

—¿Qué es eso? preguntó Rosales llegando al galope hácia donde estaba el grupo.

—Que este oficial se rehusa á entregarme la espada, mi coronel, dijo el sargento.

—¿No entrega usted la espada? le preguntó Rosales comenzando á irritarse.

—No.

—Sepa usted que es nuestro prisionero desde los piés hasta la cabeza, sin condición alguna. Entregue usted esa espada.

El oficial bajo los ojos y la entregó.

Gazielle que llegaba en esos momentos conducido por Tolentino, y que presenció algo de la escena, se apresuró á presentar su espada á Rosales.

—Usted no, comandante, es muy digno de llevarla.

Bel Kassan ben Mahomed subteniente de argelinos, tomó la mano de Rosales para besársela. Este la retiró con dignidad y le dijo:

—En mi país no se acostumbra besar la mano á los hombres.

Recordó este Jefe que Granados había recibido un balazo de pistola á quema ropa por un oficial francés al rendirse y mandó que se formaran los prisioneros y que pasaran delante de la camilla de Granados.

—¿Quién de ellos es el que te hirió?

Granados los vió á todos y dijo con entereza:

—No está aquí.

El oficial allí iba: era Mr. Marquisset.

De esta manera Granados salvó la vida al único prisionero que Rosales hubiera fusilado.

Entretanto en Culiacán estaba reinando gran ansiedad. Se habían estado oyendo los tiros de cañón toda la mañana, pero nadie llegaba á dar una noticia. Las jóvenes imperialistas que tenían preparadas las coronas, decían:

—Si los franceses han triunfado ¿por qué no vienen? y sobre todo ¿por qué no llega ningún disperso de los de Rosales?

Los amigos de este se oprimían las manos y murmuraban:

—¿Será posible que todos hayan muerto que no vuelve ninguno? ¿qué pasa?.....